

# B

Su condición de hombre tímido va contra todo pronóstico que pueda hacerse a partir de la música que interpreta. O de las declaraciones que se sucedieron esporádicamente conforme su carrera avanzaba. Berlingieri toca con energía, comenta la frase musical con inquietud. Luego confirma la improvisación: “Nunca toco exactamente igual. Es que me aburro”. Hay en él no sólo el fluir de la vida que nos deviene distinta, sino la intención de poner otras cosas, la búsqueda de una expresión enriquecida en la inventiva.

Pero volvemos a encontrar al hombre tímido en su pudores con el público... o en la manera de encajar los elogios. En cambio, si conversamos serenamente admitirá el teorema que lo coloca en uno de los dos grandes momentos de la orquesta de Aníbal Troilo: cuando éste tuvo de pianista a Orlando Goñi, y después a Berlingieri que participó en su más amplia producción discográfica.

Entramos a un bar para hablar sentados a una mesa. Buenos Aires brama en las calles, el otoño del 2007 echa su dorada hojarasca en las aceras, la gente va y viene como nosotros en cualquier ciudad, con el anonimato asegurado. Queremos trabajar un rato con la conversación. Le comento un lugar común entre los argentinos con medio siglo de vida. ¿Cómo fue aquella experiencia donde los nombres parecían hechos para sonar con las vocales a, e, i... a ritmo?

“La orquesta Baffa-Berlingieri

era como una marca en la caja

## Oswaldo Berlingieri

de fósforos. Se formó para grabar. Sólo fuimos en los escenarios un trío, en general con Cabarcos de contrabajista. La casi totalidad de los arreglos los hice yo. Antes del 1970 nos separamos y desde entonces no ha faltado gente que quisiera volver a reunir aquello que para mí ya fue. Después estuve con Leopoldo Federico y también Cabarcos. Grabamos esos discos que se están reeditando”.

“Tocan bien, algunos mejor que muchos argentinos. Es fruto de interminables ensayos, están preparados en la perfección. Te sacan la música de Piazzolla igual que la hacía Astor, o Pugliese, o D'Agostino... Estudian y preguntan detalles, las “trampas” de los tangueros. Y una vez que la sacaron, dejan de darte bola. Sin perder el respeto, claro”.

Sigue avanzando la tarde.

Berlingieri apura el café y la conversación se va enriqueciendo por sus gestos de italiano que habla con el cuerpo, de sujeto con la cabeza siempre asociada a un temperamento. “Soy pisciano. Cuando doy la confianza en alguien, es total. Si me cabreo es para siempre, no lo puedo arreglar con el que me hace una trastada”.

En numerosas mitologías que comprometen prácticamente la redondez de la tierra se ha dicho que el origen de la vida estuvo en el mar. En un mar que ya no es de nombres y de costas específicas, sino simbólico y conjetural. Allí se habría producido el encuentro de lo masculino con lo femenino, la chispa animadora a partir del contacto que dio comienzo a la sucesión de especies y criaturas.

Con la cadena de las evoluciones —en su modo lógico y discursivo— la ciencia piensa lo mismo. Para más precisión debería recordarse la antigua sabiduría sumeria “primero el árbol, luego el pez, después el pájaro... hasta la humanidad”.

Si volvemos a la idea del mar primordial pensamos en su condición de ambiente y santuario para los peces y toda la mitología que les atañe. Es mar constituido por un elemento que con los otros tres (el aire, la tierra y el fuego) dan contenido al universo. De alguna forma, a pesar de otras teorías, en las tradiciones se sostiene que el mar primigenio (o el mar en general) es un elemento caótico y revuelto. Nadando y flotando allí surgieron las fuerzas ordenadoras y organicistas que dibujaron un sentido para las cosas. Quienes pueden y saben moverse en los mares son —en efecto— los peces, símbolos asimismo de fertilidad, creación, vida.

Posteriormente fueron el principal alimento en las comidas oficiadas en advocación de la Diosa Madre. En la mitología cristiana Cristo es el multi-

plicador de panes, del vino y de los peces para alimentar a sus fieles; y elige de cabeza en su iglesia a Pedro, el pescador, líder de los que deberán ir por el mundo a “pescar hombres”. En la tradición budista a su vez, Buda es Pescador de Hombres.

Berlingieri no es hombre dedicado a indagar en la historia de las religiones ni en los contenidos teóricos de las mitologías. Él supo siempre que por el día de su nacimiento (20 de marzo de 1929) es del signo de Piscis. Seguramente por lo oído de algunos oráculos que consultó y por el acomodo de su personalidad, se identifica con el signo que significa ser de carácter húmedo. Alguna razón le dará el haber nacido en Buenos Aires, pero la más importante es que siempre se supo temperamental, con la conducta y el alma volcada hacia el mar de las emociones. Quiere decirse que no antepone el cálculo ni otras ceremonias antes de actuar. Así se empeña en pensar las cosas, habrá pronto, una ola de calor o de frío que terminará de teñir el horizonte en su correspondiente color. “Cuando le doy la confianza a alguien es total... Soy pisciano, sabes...” Nos lo dice como declaración de principios que estuviera conectada a una fatal constelación astrológica. Sin embargo, y tal vez como lo anuncia la figuración del signo astrológico

cuyo emblema son dos peces que nadan en sentido contrario, en sus aguas primordiales manda la contradicción. Ese será el elemento base por más que el “pisciano” se empeñe en una especie de rectitud unilateral.

Diríamos, en definitiva, que se puede considerar a Berlingieri hombre de trato afable y civilizado, como cargado de una gran tormenta emocional. O de mucha energía creadora si nos ajustamos a la andadura que ha trazado en su vida. Sobre las olas de esa energía debió navegar, diseñar sus búsquedas con los medios que eligió o le eligieron: la música que acabó siendo el destino. Tan importante el destino para él como para los griegos que consideraban que ni los mismos dioses estaban exentos de sus determinaciones o caprichos.

En mayo-junio de 1973, por primera vez con orquesta propia de la que es responsable en arreglo, conformación y dirección graba un disco de larga duración. Incluye en el precioso larga duración dos temas de los que es autor: *Contacto en Bs. As.* que compuso en solitario y *Pisciano* en colaboración con Leopoldo Federico. La orquestación se integra con dos violas, dos violonchelos, doce violines, timbal, accesorios de percusión, flauta, contrabajo, bandoneón y piano. Construye un sonido

profundamente original, con la presencia absorbente de las cuerdas que matizan sorprendivas individualidades en la conducción de la melodía siendo en diversos momentos relevadas por el piano o el bandoneón. La grabación de *Pisciano* comienza con un ritmo ágil, en diálogo de cuerdas y piano que vuela como en aire de milonga... luego los violines acentúan glisandos en la terminación de la frase. Siendo orgánico, es un comienzo de desorden en el agua esencial marcado por círculos o remolinos que trazan las cuerdas. Después hay sonidos incisivos que nadan –como peces– en el agua que derramó la obra. Más tarde sobrevendrá cierta calma, para recobrar una ordenada turbulencia –valga el oximoron– anunciadora de la segunda parte de búsqueda de un centro inexistente. Búsqueda a saltos, dando rodeos que en sus círculos volverá a plantear hacia la mitad, el motivo del comienzo. Seguidamente el piano pasa a primer plano hasta quedarse solo y convocar de nuevo con fuerza, el punto de partida del tema de la composición. Una obra que parece ofrecer la mano del hombre trazando círculos que imitan su entrada vertical en el agua de la vida. O la omnipresencia del laberinto con la tácita ilusión de una salida, aunque ésta signifique un volver a empezar por el camino andado.

Rafael Flores Montenegro